

Tal es la materia de este interesante libro, donde se narra la vida ejemplar del Padre Claret, perdida en el lodazal proceloso de las revoluciones liberales, que por sus virtudes recientemente acaba de ser ascendido a los altares.

La obra está en todo momento a la altura científica que el tema requiere y responde a la valía indudable e indiscutible mérito del autor, uno de nuestros más insignes historiógrafos, que trata la materia con toda erudición y la figura del nuevo taumaturgo con todo respeto para las enseñanzas infalibles de la Iglesia.

'PARQUES Y JARDINES', por GARCÍA MERCADAL.— Un tomo en 4.º mayor, 293 págs.— Afrodísio Aguado.— Madrid, 1949.

Un arquitecto del Ayuntamiento de Madrid, García Mercadal, lanza sobre un tema nuevo y original, el de nuestros deleitosos y amenos parques y jardines, un trabajo profundo, erudito y valioso sobre una materia que hasta los momentos actuales, en que brota y renace de nuevo con singular brío el interés sobre estos problemas, estaba abandonada y relegada al olvido en nuestra bibliografía hispánica, y aun casi inédita, a no ser por algunos trabajos que, como los de Noel Clarassó, marcaron los hitos y jalones para un posterior desarrollo de estas cuestiones por demás interesantes y amenas.

El autor, tal vez en su deseo de centrar su estudio sobre los jardines que más directamente han dejado marcadas sus huellas sobre los jardines hispánicos, pasa de largo los regulares jardines egipcios, llenos de figuras geométricas y trazados siempre con ritmo simétrico, como los renombrados parterres de Seminaris, en Egipto, así como los célebres jardines colgantes babilónicos, contruidos, al parecer, en terrenos cubiertos por el arbolado en forma de anfiteatro, y aun se cree que, al parecer, rodeado por murallas, y aun del jardín clásico, tanto en su modalidad helénica, en que, rodeado de soportales, regado por el dulce y suave agua de una noria, se enclavaba, según nos pinta con vivos colores la *Odissea*, en una llanura rodeada de ásperas montañas, como en su modalidad romana, que aprovechaban los abruptos terrenos itálicos para conseguir maravillosos efectos estéticos que les inspiraban los

opulentos patricios del Latium con sus estatuas, cascadas y escalinatas, paseos en talud, setos recortados y aun senderos cubiertos, y que, como los jardines de Mecenas en Tívoli, fueron centro de reunión de poetas tan afamados como Virgilio y Horacio.

En cambio, la obra se detiene en su análisis y traza con todo acierto y cuidado la materia relacionada con el jardín árabe, que tan profundas raíces ha dejado en nuestra patria, sobre todo en las ubérrimas campiñas andaluzas; son los afamados Riadhs marroquíes, de forma cuadrada, adornados por estanques y balaustradas y artísticos quioscos; estos deleitosos jardines causan en nuestro ánimo la idea de un oasis y han dejado huellas en nuestra península en los deleitosos cármenes granadinos, en los deliciosos jardines arábigo-españoles de Sevilla, con sus típicos cortijos enjalbegados en blanco, adornados con macetas, rejas, cancelas, azulejos y surtidores; el jardín se extiende dentro de un patio central del cortijo, y no tratan de aparentar grandeza al exterior, sino de ser un lugar de reposo y meditación, con sus deleitosos bancos fabricados de loseta, fuentes de azulejo, macetas y surtidores, y en las ventanas tiestos cuajados de claveles, que constituyen el estilo arábigo-español de los jardines, y que culminan en el dulce susurro de los incomparables jardines del Generalife de la Alhambra de Granada, en que las plácidas aguas caminan conducidas sabiamente por diestra mano de uno a otro estanque en maravilloso efecto de juego de aguas de inimitable sabor árabe.

Un polo opuesto, un sentido contrario, presentan los severos jardines monacales de los cristianos, verdaderos paraísos que inculcan en nuestro ánimo la calma, la dicha y la felicidad y una impresión de bienestar y una indecible sensación de alegría que siempre causa el árbol en nuestro interior. Estos parques están enclavados en medio de un claustro que los aísla de las miradas curiosas del exterior, y son lugares apropiados para el reposo y la meditación; en ellos se distinguen claramente dos escuelas, pues mientras en una Orden, el Císter, predomina la huerta sobre el jardín y contienen característicos pozos, que son a veces joyas arquitectónicas, tienen los parterres cerca de la villa, apartados del Norte y resguardados de los vientos fríos y del cierzo, y dan un carácter severo al jardín, pues no se aviene en verdad un edificio austero como un templo románico con un jardín juguetero y risueño. La otra escuela, representada también por otra Orden, los franciscanos, desdeñando la parte utilitaria, dan mayor importancia al jardín sobre la huerta.

Finalmente, los mismos castillos feudales, adustos y amenazadores, presentan a veces también deleitosos jardines, en los que vemos crecer la hiedra y aun las trepadoras, como en el histórico castillo de Olite, con grandes plazoleas y naranjos; a pesar de ser a veces las plazas fuertes, como Nápoles, expugnadas por Alfonso el Magnánimo, subiendo los guerreros al asalto encaramados en las trepadoras; muestra, sin duda, de cómo estas construcciones pierden su carácter antiguo de fortaleza para convertirse en mansiones nobiliarias, directo precedente del palacio renacentista.

Cuando en el mundo medieval irrumpen las auras del Cuatrocientos, al trazar sus jardines Lorenzo el Magnífico importara la flora de las incógnitas tierras descubiertas, tales como la violeta, el alhelí, el lirio y el nardo, los magnates renacentistas trazan sus jardines conforme a los cánones del jardín clásico y los modelos romanos, siempre dominando el paisaje o la llanura, colocando al frente de los jardines arquitectos, que siempre sitúan la villa en la parte más alta para que el efecto artístico no sea ocultado por la arboleda, y por la misma razón se pondrán en los calveros fuentes, monumentos y estatuas.

Se busca que las especies forestales escogidas no desentonen con el carácter del edificio; los árboles no deben quitar luces ni impedir el paso al mismo, y debe evitarse que disminuyan las magnitudes; al par que no debe sembrarse la confusión ni hacerse monótono, sino que se debe señalar por su diversidad de especies, el jardinero debe aprovechar los desniveles de terreno, conjugar las sombras con la luz, estudiar el efecto de los colores. Así, en el Renacimiento los jardines son trazados por los más renombrados arquitectos; el Bramante diseñará los amenos jardines del Bellvedere, mientras brotan dos escuelas, caracterizadas, la una, por agrupar las flores, y la otra, las plantas y árboles; en cuanto a los parterres, derivados etimológicamente del latín *par-terrae*, se colocan en sitios abrigados, cercanos a la villa, y nunca falta el cenador ni paseos y senderos, para causar efecto estético. Rafael, alrededor de las estancias de los jardines itálicos traza tres jardines: el primero cuadrado, el segundo redondo y el tercero elíptico, y en la parte baja sitúa escalinatas, fuentes y balaustradas; mientras aparecen los obeliscos, Vignola prodiga las glorietas, y el estilo se refleja en Francia en los artísticos jardines de Fontainebleau, caracterizados por su homogeneidad sus parterres, divididos con simétricos árboles, y el jardín se fragmenta en diversos planos, en que los arbustos bajos acentúan el relieve mientras el

musgo crece, produciendo un gran efecto artístico en las ventanas, y el dibujo de los parterres hace juego con el que anima las fachadas.

El jardín francés encuentra un gran constructor en Le Notre, que sigue a veces las normas y cánones de Vignola, que coloca las avenidas junto a los estanques de agua, y a su mismo borde estatuas y jarrones, mientras arbustos y árboles son emplazados a distancia. Sin embargo, Le Notre es creador de una escuela especial con sus amplias avenidas centrales, sus arcos de triunfo, setos recortados y muros de follaje y fuentes grandiosas y monumentales, preparadas por una gigantesca traída de aguas, que un sabio de la época colocara en surtidores de gran altura entre la mal contenida admiración de damiselas, petrimetros y cortesanos, y que hará exclamar al quinto de los Felipes la frase: «Tres millones me ha costado y tres minutos me divierte». El jardín francés es simétrico, regular, trazado sobre terreno llano, y trata de epatarnos con su suntuosidad y de producir un efecto de perspectiva de aparentar mayores dimensiones de las que verdaderamente tiene.

Ciertamente, la reacción contra el jardín francés comienza en el mismo siglo XVIII. En Inglaterra, los viajes coloniales, como los del capitán Cook, acercan el Lejano Oriente; Europa entra en relación con el Japón y admira sus jardines, en que todos los elementos del paisaje se agrupan en dimensiones reducidas, produciendo formas enanas; son paisajes que excitan a la meditación con sus bosques sumergidos en las aguas y sus caminos de piedras para caminar cómodamente los días de lluvia. Estos jardines influyen sobre los parques ingleses, que, obedeciendo a la ley estética de la copia del natural, no son una réplica al paisaje, sino una imitación al mismo; son los llamados jardines paisajistas, que hacen juego en el fondo con el mismo; es un jardín hecho por los pintores y no por los arquitectos, conteniendo maravillosos efectos de luz y de perspectiva, con líneas irregulares, paseos en zigzag, ríos formando meandros, estanques con bordes irregulares, lagos y cascadas, colinas artificiales y árboles rotos.

El autor, con grave daño para la materia, pasa de largo sobre los jardines alemanes, relacionados con los ingleses, llenos de simbolismo y con numerosos objetos instructivos para la agricultura, así como el Jardín holandés, forma de tablero de damas en el que los retorcidos de la arquitectura barroca y rococa del siglo XVIII se reflejan en setos y parterres. En cambio, se detiene

y centenares de artículos que por esta razón de su alto número no podemos citar.

Por ello y por el contento que siempre nos produce ponernos ante su prosa, hemos leído con singular satisfacción este librito —digo librito en razón de su tamaño— que es un encantador periplo por las hermosas tierras levantinas.

La emoción estética de Aunós ante ellas es muy grande, su relato es tan fiel, que nos creemos ser los viajeros de esos caminos y esas ciudades. Pensamos que somos los testigos de ciertas fiestas, o los contempladores en calma de tranquilos días, de melancólicas tardes.

Es una fina, una exacta y bella interpretación esta que don Eduardo Aunós ha realizado ahora en su «Peregrino de Levante» de una de las más hermosas regiones españolas.

El libro está también muy bellamente hecho desde el punto de vista tipográfico-artístico, habiendo sido llevada a cabo esta realización por Will Faber.

Un sólo reparo tiene el libro de Eduardo Aunós, y es que el goce de su lectura está únicamente destinado a sus amigos, ya que «Peregrino de Levante», sólo en edición de amigos, aparece ahora.

S.